

Diccionario folclórico

Escribe: HARRY C. DAVIDSON

ESTRIBOS

Vámonos, lector amigo, al cuarto de las monturas —o guadarnés que dicen los lexicógrafos— de una vieja casa de campo en la sabana.

El cuarto es grande, como lo son todos los otros en esas casonas de antaño, en donde el costo por metro cuadrado de edificación no fue problema nunca. Y huele a caballo que es un gusto. No solo porque allí el sudor y otros humores permean bastos, cinchas y gualdrapas, sino porque como las pesebreras quedan ahí mismo, y sobre las piedras desiguales del piso, por lustros y décadas, los animalitos de mi Dios han venido depositando —con naturalidad, potencia y desenfado— otras manifestaciones líquidas si que también sólidas, y no por innombrables menos olorosas, tendremos que todo aquello contribuye también a la saturación del ambiente, haciéndolo inconfundible e inolvidable; olor a pesebrera o de cuarto de monturas es de los que se recuerdan siempre.

El piso enladrillado. ¿Enjalbegadas las paredes? Pues sí. Hace luegos años un encalador les dio de cal, pero de entonces acá la mugre, el trajín y el polvo, echaron a perder su obra de arte. No hay cielo raso. Solo se ve el envigado centenario en donde centellean algunas telarañas. Y más arriba, sobre el mortero que cubre la palazón que cierra allá en lo alto, las goteras han pintado en carmelita unos círculos mal hechos.

Las monturas pueden verse sobre sólidos burros o caballetes de madera, paralelos unos a otros y alineados al centro del cuarto. Campan allí las sillas de coraza chocontana al pie de los antiguos galápagos ingleses. Alterna la silla “resobada y brillante y rota por el trajín de la vaquería y de la amansada” que dijera don Tomás Rueda Vargas, con el galápago de horqueta en que montaban las señoras.

En las casas ricas no faltaban los galápagos franceses: o el Camille tan conocido, o el Hermes de París, “Talabartero de reyes” y “Rey de los talabarteros”. ¡Ya me imagino sus precios!

Sobre cada montura va su alfombra, pero vuelta al revés para que oreo. Desde las de encarnado fieltro con hermosas correas que denotan su

origen extranjero, y con las iniciales del dueño bordadas ricamente, hasta los tiesos sudaderos de cuero. De vez en cuando se ve un pellón rojo o verde. Algunas sillas llevan adosada la funda para los encauchados.

Lo venido a menos, como lo que aún queda de aquel viejo sillón forrado otrora en terciopelo rojo, con cantoneras de plata, ricamente galoneado y hoy casi totalmente irreconocible, o lo plebeyo, como los galápagos de montar para las criadas, con tantos repelones que parece casi como si hubieran estado en la vanguardia de todas nuestras guerras civiles, todo esto, decimos, no alcanza el honor del caballete. Cuelgan como racimos del techo, mediante largos rejos atados a la grapa trasera de cada muérgano.

Es curioso, pero no hay galápago de criada que no esté remendado con cabuya o con alambre. Para entender el por qué, no hay sino que asistir a una montada de las que acostumbraban las familias de antes en vía de veraneo.

Cuando llegaba la caravana al sitio "donde se cogían las bestias" era como si les fueran a dar función: todo el pueblo asistía. Pero la película comenzaba a hacerse interesante solo en el momento de la montada de la criada.

Note ante todo el lector, que criada que se respete monta siempre en galápago de horqueta: su natural pudor le inhibe a hacerlo a horcajadas y como aquel es el sistema más difícil de montar, pues que el jinete va de medio lado, etc., y no hay criada que sepa montar, las emociones de la película se multiplican al infinito.

Pero no nos anticipemos, pues antes de todo hay que "izarla" a bordo. Esta operación exige, indio más, guache menos, al siguiente personal: uno que sujete al pisador, otro que le reciba el eterno talego de papel, otro para que, del lado opuesto del animal, haga contrapeso en el galápago al momento de la montada, evitando así que se ladee, otro para que tenga las riendas del freno, etc., etc. Los que no están ocupados en lo anterior tampoco se quedan sin oficio: que sus fuerzas son indispensables para ayudarla a trepar, a empujones, sobre el lomo del animal.

Le acomodan luego las rollizas piernotas, estranguladas por un par de ligas tan atroces como jamás se las imaginaron en el Follies Bergere de París, y que por primera vez ven la luz pública en este auspicioso día, le acomodan, digo, las piernas entre los dos paréntesis que, de espaldas uno al otro y unidos por la base, constituyen la horqueta del galápago.

Atan el pisador, alcánzanle las riendas y nada. El animal no se mueve. Hay que tomarlo del cabestro, darle vuelta en la dirección que siguió el resto de la comitiva, y con un buen foetazo al anca, empieza el segundo rollo de esta interesante serie.

El "cargaleñas" arranca de pronto con un trote brincado, salvaje, que pone en peligro la integridad física de nuestra heroína. Hala las riendas. El animal no se detiene: atropella. En ese momento el sombrero alza el vuelo y viene la "debacle".

Es bueno saber que las criadas necesitan de tres manos para montar. Una para las riendas. Otra para aferrarse a la horqueta del galápago. Y la tercera para coger el talego de papel que siempre llevan, o para tenerse el sombrero que, jamás, sino es de a caballo, usan, y que por lo mismo es la causa de todos sus males y desdichas.

Sofoco. Exclamaciones. Carreras. Gritan las gentes: ¡atájenla! ¡Se va a matar!

Mientras tanto, entran a operar ineludibles leyes físicas, tales como la del peso de las criadas en relación con los materiales de que se hacen aperos y monturas. Como las criadas no hacen más que comer, se engordan. Gordura quiere decir aumento de peso. Y francamente no hay acción, ni cincha, ni gurupera diseñadas para “aguantar esas cargas” ni para “resistir tales esfuerzos”. Algo pues, estalla, revienta o falla siempre en el proceso.

Afortunadamente logran al fin detener al animal. La criada con una palidez mortal, casi ni habla y apreta la mano sobre el corazón que se le sale. Pero no se cayó. Porque a las criadas jamás las tumban los caballos: como a los borrachitos de mi Dios, también se les concedió su inmunidad “palafrenaria” que incluye exención de porrazos y caídas.

Los remiendos, con el alambre o la cabuya ya citados, se hacen “sur le champ” ¡y hasta la próxima vez!

Pero volvamos a nuestro cuarto de monturas. A todo el rededor, en las paredes, se ven unos enormes clavos de cabeza cuadrada que se me antojan ser iguales a los de la Pasión de Cristo. De ellos cuelga la más abigarrada e increíble confusión. Zamarros, Jáquimas. Espuelas de enormes rodajas. Guayacanes. Lazos y rejos. Frenos. Cinchas. Pretales, etc. Cómo pueden los vaqueros o peones descolgar algo de allí y sacar de todo ese mare magnum lo preciso para enjaezar correctamente a un animal, es cosa que jamás he entendido.

En el suelo, haciendo montón, las enjalmas o albardas. Y colgando cerca de allí, están sus “juras” y “sobrejuras” o mejor dicho, sus cinchas con los correspondientes garabatos.

Por allá en el fondo, una o dos petacas viejas contemporáneas del almofrej universal. Y en algún rincón los instrumentos para la “manicure” de las bestias: martillos, clavos de herrar, tenazas, escofina.

Finalmente, la eterna repisa de tabla, colgada en la pared y que en todos los cuartos de monturas se utiliza para poner el yodo, la jeringa de las inyecciones y una serie de frascos con remedios de color oscuro: ¿será que a los caballos no les sientan los remedios de colores claros?

Pues bien, colocado ya el lector ante el abigarrado escenario, se abren toda suerte de interrogantes sobre el apasionante tema de los estribos que se usan y se usaron en Colombia: ¿fueron ellos siempre de cobre? ¿O los había de plata, de hueso y aun de palo? ¿Cuáles fueron los estribos

antioqueños? ¿Por qué se llamaba a otros de baúl? ¿Cómo eran los estribos africanos? ¿Si hubo algunos que parecían babuchas turcas? ¿Y los de zapato? ¿Y los de aro? ¿Y los moriscos?, etc., etc.

Trtaremos de hacer alguna luz sobre todo esto en las páginas que siguen.

ESTRIBOS DE PLATA

En épocas coloniales, el lujo máximo era tener montura y aperos con toda la plata que aguantaran. Los estribos, en sus distintas formas y estilos, no fueron excepción. Veamos:

En el artículo titulado *El Palacio de la Carrera*, de don M. M. Tobar, publicado en el "Boletín de Historia y Antigüedades", año XII, número 134, marzo de 1918, se anota que en el año de 1778 don Vicente de Nariño dio a su esposa un poder especial para que hiciera testamento en su nombre. En tal testamento (pág. 89) "declara... que a su hijo don Antonio le dió su padrino de confirmación, don Pedro Escobedo,... una silla de montar, con estribos y freno de plata, con su aderezo de grana con galón de plata".

Entre los bienes pertenecientes a don Vicente Diago en 1781, mencionados en la página 262 del Volumen IV de la Biblioteca de Historia Nacional, publicado en Bogotá en 1905, figura: "una estribera de plata".

Los estribos de aro también se fabricaron en este metal noble. Así consta en el artículo titulado *Otra antigüedad* que, firmado por Horacio, apareció en "El Cóndor", número 10, Medellín el 28 de agosto de 1870. Dice allí que, a comienzos del siglo pasado, había en el Valle de Aburrá un caserón. Que (pág. 79) "en uno de los rincones de la sala se vé un enorme clavo... él sostiene la montura de don Cancio que se compone de una gran silla, cuyas faldas y cabeza bordadas de plata, corresponden perfectamente por su vejez y gala a los anchos estribos de aro que como las espuelas son también de plata pura. Las pequeñas rodajas de ésta y las molduras de aquellos revelan a voz en cuello su antigüedad".

Hubo otro tipo de estribo, el llamado africano, que también fue hecho de plata: en el artículo firmado con las iniciales E. T. S. y titulado *El llanero* que fue publicado en "El Hogar", tomo III, número 1, en Bogotá el 11 de julio de 1870, al hablar el autor de uno de aquellos magníficos especímenes humanos, dice que usaban (pág. 5) "estribos africanos de plata, (los cuales) terminan en dos puntas, que semejan una mitra al revés".

LOS ESTRIBOS Y EL MEDIO AMBIENTE

No en vano anotaba "Un oficial de la Legión Británica" que vino a este país en 1819 y publicó sus *Memorias* en Madrid, 1916, que en Bogotá (pág. 183) los estribos que vio de venta en la Calle de los Talabarteros "de madera, hierro o cobre, son notables por lo raro y pesado de sus formas".

Esto obedece, según lo explica una de las "víctimas" de nuestros caminos el señor Ed. André en su artículo *La América Equinoccial (Colombia-Ecuador-Perú)*, publicado en "Le Tour du Monde", volumen XXXV, 1875-1876, página 178, a que "es necesario sin embargo, adoptar los estribos de cobre en forma de suecos... que tan bien protegen al pie contra las rocas y las raíces".

El señor Wirst Robinson en *Un viaje volante a los trópicos*, Cambridge, 1895, aclara totalmente el problema (pág. 87). Dice, efectivamente, que al llegar a un alto "por entre una garganta profunda y curva que no era lo suficientemente amplia como para permitir el cruce de dos animales, comprendí el uso de los estribos de latón en forma de babucha. Al rodear ángulos agudos, mis pies eran frecuentemente presionados contra las piedras a lado y lado, y sin estos estribos los jinetes descalzos se habrían lastimado los pies".

Los estribos de cobre o latón ya estaban manufacturándose en el país en 1761. Informa el cura historiador Basilio Vicente de Oviedo en sus *Cualidades y riquezas del Nuevo Reino de Granada*, publicadas en Bogotá en 1930 que (pág. 143) "Tibirita... tiene buenos minerales en el sitio de Manta, de que fabrican campanas, y muchas pailas, fondos y estribos".

Don Liborio Zerda describe la elaboración de estos productos en su artículo *El Dorado* que apareció en el "Papel Periódico Ilustrado", año I, número 21, en Bogotá el 10 de julio de 1892. Dice el autor en la página 339: "Hasta una época no muy remota se practicaba en algunos pueblos, tales como Ubaque y Guatavita, el arte de fundir y amoldar pailas, campanas y estribos de zapato, arte que desapareció por la introducción de objetos de la misma especie, trabajados en el extranjero, con perfección. En esta industria se modelaba el objeto en tierra porosa y refractaria; este molde seco se cubría con cera negra de abejas, estirada en láminas del grosor del objeto que se quería amoldar y fundir, y con la misma cera se modelaban los adornos, tales como hilos, letras, especie de cariátides &c fijándolas en su lugar conveniente; una vez cubierto con esta capa de cera, se recubría de cantidad suficiente de tierra amasada en una pasta dúctil, dejando una abertura conveniente para introducir el metal fundido. Se dejaba secar lentamente este molde, dentro del cual estaba la figura de cera y finalmente se activaba la desecación con el fuego aplicado al contorno y a cierta distancia. En esta operación, el calor elevado a un alto grado, liquida la cera que funde a 66 grados y sale por aberturas practicadas en la parte inferior del molde y otra porción es absorbida por los poros de la tierra. Estando aún caliente el molde y cerradas las aberturas de salida de la cera, se vierte el cobre perfectamente fundido por la abertura de aquél, y el metal se distribuye en todas las sinuosidades, acabando de hacer desaparecer la cera que hubiere quedado, pues que el cobre funde al calor rojo, es decir a 788 grados centígrados".

En 1865 se vendían los estribos en el almacén de "Samper i Compañía" junto con "pailas de cobre superior" y olletas, según puede verse en "La Caridad", año II, número 12, Bogotá 17 de noviembre, página 191.

En el 68 la familia Samper continuaba en el negocio y anunciaban “estribos caleños”, estribos de forma común y estribos para niños y señoras. Este dato se halla en “El Hogar”, tomo I, número 11, publicado en Bogotá el 4 de abril.

Entre los fundidores de estribos de Bogotá en 1866, mencionan los señores J. M. Vergara V. y J. B. Gaitán en su “Almanaque de Bogotá i Guía de Forasteros para 1867” (pág. 370) a “Antonio Vásquez i herms.” cuya dirección era “Caquetá, 3”.

Finalmente, refiere don Evaristo Herrera en sus *Recuerdos de la Calle Real y de Florián a fines del siglo pasado* (“Boletín de Historia y Antigüedades”, volumen XXXV, números 404-406, Bogotá, junio/agosto 1948, pág. 378) que en la acera oriental de la Primera Calle Real quedaba “la tienda de don Antonio Forero (quien)... vendía... estribos de cobre hechos en el país”.

Vamos ahora a examinar en detalles algunos de nuestros tipos de estribo de uso más común:

ESTRIBOS ANTIOQUEÑOS

Ante todo: eran de cobre. Don Manuel María Madieto en su libro *Nuestro Siglo XIX* publicado en Bogotá en 1868, informa que hacia 1843 en la subida al Raizal, casi al llegar a Guadúas, uno de los hombres, llevaba “estribo de cobre muy bien labrado en Antioquia”.

En el artículo *El tratante* que, sin firma, apareció en “El Mosaico”, año III, número 43, en Bogotá el 10 de diciembre de 1864, dice que (pág. 341) los estribos antioqueños eran “anchos, pesados, de encorbado (sic) pico i con graciosas labores” y agrega el autor que “los famosos i pesados estribos (eran) fabricados en Antioquia i en otros pocos lugares, donde les daban no solo la figura sino el nombre de *antioqueños* aunque fueran fundidos en La Mesa”.

Estos estribos son los mismos que describe Tomás Carrasquilla, en el tomo II de su novela *Hace tiempos* publicada en Medellín en 1935, en donde refiere que hacia 1871 alguno (pág. 294) “lleva... espuela a pie desnudo en unos estribos del antiguo régimen, de esos chatos y broncotes, con querubines aliabiertos en las orejas”.

Por su parte, don Santiago Pérez Triana en su famoso artículo *Sillas de montar* publicado en “Lecturas Populares”, serie II, número 15, sin fecha, en Bogotá, los describe (pág. 78) así “los estribos... eran como zapatillas de cobre reluciente, hechas para coger el pie solo del empeine en adelante, encorvadas hacia la punta como borceguíes turcos, y con aperturas triangulares de media pulgada en la base, cortadas en la planta”.

Y qué tan apreciados serían que el gran José María Vergara y Vergara en su artículo *El chino de Bogotá* publicado en “El Mosaico”, tomo II, número 31 en Bogotá, 8 de agosto de 1860, informa (pág. 248) que “Un orejón perdona el robo del caballo i de la casa, pero no perdona nunca el robo de la *estribera* antioqueña, *del rejo de enlazar*, y del caucho; tres objetos que por más frágiles son más queridos”.

Este tipo de estribo fue muy común. Miguel Cané en su libro *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia* publicado en Bogotá en 1907, dice que hacia 1882 (pág. 178) “el traje que llevábamos, es el que usa todo colombiano en viaje... el pie, metido en el estribo morisco que semeja un escaipín”.

El señor Wirst Robinson en su obra ya citada, habla en 1892 de “estribos de latón (que) tienen la forma de una babucha turca”.

En el libro de Pierre D'Espagnat *Recuerdos de la Nueva Granada*, publicado en París en 1901, dice el autor (pág. 42) que “mis estribos casi árabes, que son suecos pesados en cobre cincelado (son) excelentes contra los raspones de las rocas o los choques contra los estribos del vecino”.

Luego don Ramón Gómez, en su artículo *Un tipo de la caridad*, publicado en el “Papel Periódico Ilustrado”, año II, número 56, en Bogotá, 1º de enero de 1884 dice que, hacia 1840, empezaron a llegar los principales a la Plaza de Tenza y que “todos exhibían... estribos *currutacos* de cobre, bien relucientes”.

ESTRIBOS DE BAUL

Leyendo lo anterior, y lo que sigue, se comprenderá que los llamados estribos de baúl y los antioqueños son una misma cosa. En efecto, al hablar don José Manuel Groot en su *Historia Eclesiástica y Civil de Nueva Granada*, tomo II, Bogotá 1869, del cuerpo de caballería compuesto de gente de la sabana de Bogotá, en el año de 1810, dice (pág. 203) que las “sillas vaqueras (tenían)... grande estribera de cobre, que llamaban de baúl, a manera de las que usan los turcos (que de ellos las tomarían nuestros padres)”.

También se les fabricaba de hierro. En la *Mortuoria de don Benito de Castro* del año de 1826 y que fue publicada en el “Boletín de Historia y Antigüedades”, volumen XXVII, números 303-304 en Bogotá, enero y febrero de 1940, se mencionan en la página 168 “dos estriberas baúles, de fierro”.

De los asistentes a un paseo al Salto en el año de 1846 iban “unos en silla *orejona*, con todo el apero correspondiente; otros en galápago inglés o hechos en el país, y estribos de *baúl*”. Esta información apareció en “El Duende”, año I, número 33, Bogotá, 29 de noviembre de 1846, en la página 2.

Para el año siguiente, 1847, se anuncia “una enorme silla con estribos de baúl” en el periódico “El Bobo”, número 1, publicado en Medellín, septiembre 10, página 4.

En el artículo *Costumbres neo-granadinas* que, sin firma, apareció en “El Pasatiempo”, año I, número 14, el 22 de noviembre de 1851 en Bogotá, se les menciona también en la página 106 así: “el estribo de baúl, de fábrica nacional, más bien corto que largo”.

ESTRIBOS EN FORMA DE ZAPATO, BOTIN O SUECO

Eran, casi con seguridad, y por la forma, los mismos estribos antioqueños o de baúl. Los encuentro mencionados por primera vez en el libro *Notas sobre Colombia tomadas en los años 1822-3* por un oficial del ejército de los Estados Unidos (Richard Baché), Filadelfia 1827, en donde dice su autor, que, hacia el año de 1823 y en Guaduas (pág. 246) el “Coronel Acosta cambió mi montura de forma Europea, por una del país... los estribos eran en la forma de un zapato y hechos de latón”.

Los trae a colación luego Manuel Ancízar en su *Peregrinación* publicada en el “Neo-Granadino”, año III, número 92, en Bogotá 21 de marzo, 1850. Refiere allí en la página 94 que, no muy lejos del repecho llamado “Boquerón de Torca”, vio unos “sonoros estribos de cobre, en forma de botín, característicos de la montura en estas regiones”.

En el rarísimo libro *Relación de un viaje* del consejero Lisboa publicado en Bruselas 1866, se informa, página 244, que “los pies encajan por estribo en un grande zapato de metal amarillo, con el cual se puede pasar un río con el agua a la barriga del caballo sin mojarlo”.

Finalmente, el ingeniero Jorge Brisson en su ameno libro *Viajes por Colombia* publicado en Bogotá en 1899, dice que hacia el año de 1891, vio unos “estribos de cobre, en forma de los suecos de madera que usan los aldeanos de mi tierra (Francia) que cubren todo el pié”.

ILUSTRACIONES

En las *Acuarelas* de Edward Wallhouse Mark publicadas en Bogotá en 1963, hay en la página 195 una lámina, la 78-III/23, fechada 23 de diciembre de 1845 y titulada “Gente de la sabana bogotana” y más concretamente de Zipaquirá, según se lee en la página 354, en la cual aparece una magnífica ilustración del enorme estribo antioqueño, o de baúl, o morisco, que fue el tipo de estribo clásico entre nuestros orejones sabaneros del siglo pasado.

El estribo de aro, que se usaba con galápago, puede verse en la lámina *Apuestas el día de S. Juan* de por allá del año 1851, que figura en el “Album de Costumbres Granadinas” de don Ramón Torres Méndez, publicado en Bogotá en 1910.

Y a título de curiosidad, pueden verse en este mismo album dos tipos de estribos utilizados entre los llaneros. Uno de ellos en forma de A mayúscula, de patas largas y abiertas, se encuentra ilustrado en la lámina *Llanero militar*: sería el equivalente del estribo de aro en los llanos.

El otro tipo de estribo puede contemplarse en la lámina *Llanero propietario*: da la impresión de ser hecho con un círculo de metal, poniendo el pie encima, y doblando hacia arriba los bordes que quedaron libres a lado y lado del pie. Esta podría ser la versión llanera del estribo de baúl.

IMPORTACION DE ESTRIBOS

Sobre este particular se encuentra una información del mayor interés en el artículo titulado *El tratante* ya citado. Dice su anónimo autor: "No sé qué pueblada de América, creo que la de... Buenos Aires, dió en la flor de usar estribos de zapato fundidos en Europa. Un europeo corresponsal de un comerciante granadino, escogió de este jénero para completar una factura; i le encajó a su comitente nada menos que 500 pares de estribos, creyendo que lo mismo era Nueva Granada que Buenos Aires... mas los tales estribos de zapato, lisos, largos, delgados i sin puntas, se veían al principio feísimos al lado de los estribos antioqueños... Mandinga (el tratante)... los vendió (en Neiva)... desde entonces quedó nacionalizado en Nueva Granada el negocio de estribos europeos, i ya hasta los *orejones* de la sabana de Bogotá usan estribos de zapato". Y agrega, incidentalmente, que estos eran un "féfere que no conocían nuestros padres, que no estaban acostumbrados sino a los famosos... estribos fabricados en Antioquia".

Pues bien: en el año de 1851 estaban llegando estribos franceses a Colombia: en el periódico "La Democracia", número 92 publicado en Cartagena el 21 de septiembre de dicho año, se informa que la barca francesa *Nueva Granada*, procedente de El Havre, traía "estribos de cobre".

Inclusive esta importación de estribos debía venirse haciendo de años atrás, pues en la tarifa para el cobro de derechos de importación, publicada en la "Gaceta Oficial", número 1.245 del 1º de julio de 1851, se mencionan (pág. 255) "cobre en estribos" y en la página 456 "estribos de acero o fierro sin platear, plateados, sin broncear o bronceados".

Otra interesante información en el artículo *Reforma proteccionista de la tarifa de aduanas* que, sin firma, apareció en el "Repertorio Colombiano", volumen XXII, Bogotá, abril de 1880, informa su autor en la página 310 que "los estribos de bronce pagaban cinco centavos como derecho; se decretó el alza de éste, que fue subiendo hasta 24 centavos, y aunque esta alza fue gradual y debió dar lugar a la reflexión y a la prudencia, se importaron estribos con tal exageración, que dejó existencia para cuatro o cinco años y se vendieron con pérdida".

Los estribos también se traían de Inglaterra: el poeta Ricardo Carrasquilla en su artículo *La defensa de mi silla* aparecido en el "Papel Periódico Ilustrado", año IV, número 93, en Bogotá el 15 de junio de 1885, habla (pág. 340) en 1870 de:

"... los cincelados
relucientes estribos
en la orilla del Támesis forjados".

El comerciante Celedonio Restrepo, en la sección de anuncios de "La Sociedad", año II, número 67, publicada en Medellín el 20 de septiembre de 1873, informa (pág. 152) que "acaba de recibir de Europa, estribos grandes y chicos, de metal; forma antigua".

Por su parte los señores "Grau, Tejada & Calderón" en "La Tarde", número 43, Bogotá 13 de julio de 1875, dicen que "acaban de recibir... estribos de cobre 1ª clase".

ESTRIBOS DE ARO

Deben utilizarse exclusivamente con galápago, nunca con silla de montar. Así lo anotaba ya el señor Isaac F. Holton en su libro *Nueva Granada: veinte meses en los Andes*, publicado en Nueva York en 1857. Dice este autor, hablando hacia 1852, que "el orejón" (pág. 133)... usa "estribos en forma de babucha de latón o cobre, los cuales cuestan de ocho a doce dólares. El no pondría su pie entre el estribo ordinario del Norte - estribo de aro".

Por ese motivo refiere don Venancio Ortiz en su artículo *Recuerdos de un pobre viejo* aparecido en el "Papel Periódico Ilustrado", año V, número 113, Bogotá, 1º de abril de 1887, que un sujeto llamado el *Merca-chifle* Torres que "funcionó" allá por los años del 31, "siempre conseguía llamar la atención de todos, aunque fuera para que se rieran de él" pues (pág. 273) "la montura que usaba era *silla sabanera* con estribos de aro".

Los aros se hacían de fierro, de acuerdo con información de don Manuel Ancízar aparecida en el "Neo-Granadino", año IV, número 180, en Bogotá el 31 de octubre de 1851, y que hacía parte de su *Peregrinación*. Dice allí que el alcalde de Los Angeles, población situada no lejos de Puerto-Nacional, utilizaba "estribos de aro de fierro, pues venía caballero en una yegua ensillada a la lijera, con holgada jáquima de cerda".

También se les manufacturaba con cacho y rejos. En el artículo titulado *Un día de San Juan en tierra caliente* que, sin firma, apareció en "El Mosaico", tomo I, número 26, en Bogotá, el 25 de junio de 1859, dice el autor: "La jeneralidad de los jinetes iban montados en gordos caballos, acos i lustrosos... los calentanos... todos usan estribos de aro i algunos de ellos son (como se anota arriba) de un cacho i rejos".

Puesto que el estribo de baúl, correspondía a una necesidad de los viajeros en las montañas, literalmente para evitar despedazarse los pies contra las rocas, raíces, etc., de las orillas del camino, en los Llanos, en donde esto no ocurría, los estribos utilizados eran los de aro.

Léase al efecto lo que en el mismo periódico acabado de citar dice el anónimo autor del artículo *La boca* publicado allí el 28 de mayo del mismo año de 59, (página 179), o sea que alguno "consiguió rocín flaco... (y) le puso una silla llanera con estribos de aro".

Don Medardo Rivas anota que esto mismo ocurría entre los calentanos que cabalgaban por la extensa llanura en donde quedaba el pueblo de Piedras, de quienes dice que llevaban "el pie descalzo entre unos estribos de aro". Esta información ha sido tomada de su artículo *Las fiestas en Piedras* aparecido en la "Revista de Colombia", año I, entrega 12 y publicada en Bogotá el 25 de diciembre de 1868, página 245.

ESTRIBOS DE MADERA

A comienzos del siglo pasado, 1806 para ser más exactos, los estribos de madera eran de uso general. El señor W. B. Stevenson en su *Narración histórica y descriptiva de veinte años de residencia en Sur América*, publicada en Londres en 1829, dice en el tomo II, página 25, que “nuestra manera de viajar habría sido mirada en Inglaterra como una curiosidad (pues utilizábamos)... estribos grandes de madera”.

Estos estribos o podían ser “de manera curvada con una capa de cuero como protección” según dice el señor Von Schenck en sus *Viajes por Antioquia en el año de 1880* (pág. 22) o simplemente “estribos de palo cogidos con el dedo mayor del pie” como los que utilizaban los llaneros en 1836, al decir de don Salvador Camacho en sus *Memorias*, tomo I, Bogotá 1946.

ESTRIBOS DE SUELA

Son los utilizados actualmente con las sillas de montar. El estribo mismo es de cuero, pero el hondón o parte donde se apoya el pie, lleva, para mayor resistencia, una plantilla de hierro.

Cuenta don Ricardo Silva en su artículo *Un año en la Corte*, publicado en “Papel Periódico Ilustrado”, año I, número 3, en Bogotá 15 de octubre de 1881, que en 1844 (pág. 47) “en el zaguán inmediato a lo que es hoy el almacén de don Narciso González, había un inglés alto, colorado como un rábano, un *inglés nitrado* como ha dicho algún gracioso, el cual construía allí estribos de suela, que colocaba al sol en la calle, haciéndola intransitable por el olor que despedía el tinte negro con que los pintaba”.

ACOTACION FINAL

Para terminar estos apuntes sobre estribos, deseo contar acá lo que se acostumbraba hacia 1862 en Santafé de Antioquia durante la celebración de la fiesta de San Juan y que, lamentablemente, pone de presente aspectos, superados por fortuna, de nuestro salvajismo tropical.

Dice el doctor Saffray en su *Viaje a Nueva Granada* publicado en “Le Tour du Monde”, vol. 25 en 1869, que (pág. 108):

“Los jóvenes, divididos en varios bandos, montaban a caballo a la entrada de la noche, llevando todos grandes estribos de cobre, cuyo borde exterior se afilaba para tal circunstancia. Los diversos bandos se perseguían y atacaban en las calles. Era permitido prenderse al caballo del adversario, cortando el costado de los cuadrúpedos con el ángulo del estribo, de lo cual resultaba que algunas veces quedaban heridos los mismos jinetes, a pesar de los zamarros de piel de león o de tigre con que protegían sus piernas”.

Y, suficiente, con esto sobre estribos, por ahora.